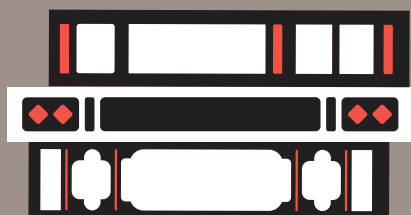
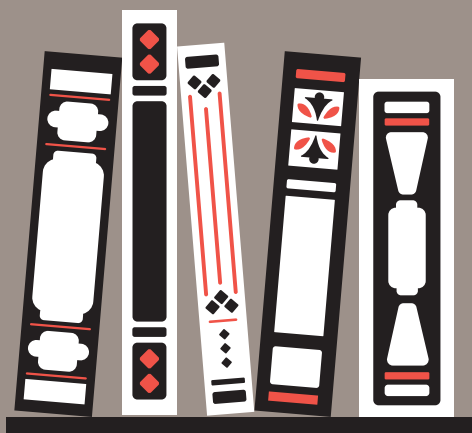


Susan Wise Bauer

# CÓMO SER CULTO



La educación  
clásica  
que nunca  
recibiste



**PENÍNSULA**

# Cómo ser culto

La educación clásica que nunca recibiste

Susan Wise Bauer

Traducción de Natalia Rodríguez Martín y Berta Lluís Vila

Título original: *The Well-Educated Mind. A Guide to the Classical Education You Never Had*

© Susan Wise Bauer, 2016, 2003

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición en esta presentación: abril de 2024

© de la traducción de los capítulos 1 a 8, Natalia Rodríguez Martín, 2012

© de la traducción de los textos de la edición revisada y del capítulo 9,  
Berta Lluís Vila, 2024

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2024  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespensula@planeta.es](mailto:edicionespensula@planeta.es)  
[www.edicionespensula.com](http://www.edicionespensula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición  
Impresión y encuadernación: Limpergraf  
Depósito legal: B. 5.244-2024  
ISBN: 978-84-1100-244-8



# Índice

Nota a la edición española 11

## PARTE I COMIENZO

### *Prepararse para la educación clásica*

1. Entrenar tu mente: La educación clásica  
que nunca tuviste 15
2. Enfrentarse a los libros: El acto de leer 31
3. Llevar un diario: Un registro escrito de nuevas ideas 43
4. Comenzar a leer: Preparativos finales 53

## PARTE II LECTURA

### *Unirse a la gran conversación*

5. La historia de las personas: Recorrer la historia leyendo  
novelas 73
6. La historia del yo: Autobiografía y memoria 157
7. La historia del pasado: Los relatos de los historiadores  
(y los políticos) 225
8. El escenario del mundo: Recorrer la historia  
leyendo teatro 325

9. La historia cósmica: Comprender la Tierra, los cielos y a nosotros mismos	423
Agradecimientos	507
Notas	509

## Entrenar tu mente

### *La educación clásica que nunca tuviste*

Toda la civilización llega ahora a través de la literatura, especialmente en nuestro país. Un griego obtuvo su civilización hablando y mirando, y en cierta medida un parisino puede hacerlo todavía. Pero nosotros, que vivimos alejados de la historia y de los monumentos, nosotros debemos leer o caer en la barbarie.

WILLIAM DEAN HOWELLS,  
*La ascensión de Silas Lapham*

El año en que cumplí los treinta, decidí volver a la universidad. Me había tomado unos años libres para escribir, dar clases de literatura como profesora adjunta y tener cuatro niños. Ahora estaba de vuelta en el aula, al otro lado de la mesa del profesor. Todos los estudiantes de posgrado me parecían adolescentes. Además, estos programas no están diseñados para adultos; se esperaba que enajalara a mi familia dentro del horario diseñado para mí por el Departamento de Estudios Americanos, que viviera con una asignación de seis mil dólares al año renunciando a cualquier empleo remunerado y que me contentara con el seguro médico de la universidad, que proporcionaba una cobertura escuálida y clasificaba la anestesia durante el parto como un lujo. Y me descubrí horro-

rizada al pensar en los siguientes años de clases. Había estado enseñando y dirigiendo los debates durante cinco años. No creí que pudiera soportar volver a convertirme en una estudiante pasiva, sentada y tomando apuntes mientras un profesor me decía lo que debía saber.

Para mi alivio, sin embargo, los seminarios de posgrado no eran clases en las que sumisamente se recibía la sabiduría de otra persona. Todo lo contrario: las sesiones de tres horas semanales pasaron a convertirse en el trampolín de un proceso de autoaprendizaje. Durante el año y medio siguiente recibí orientación sobre listas de libros y consejos sobre cómo leerlos. Se esperaba que yo me enseñara a mí misma. Leí libro tras libro, resumí el contenido de cada uno de ellos, e intenté ver si los argumentos presentaban fallos. ¿Las conclusiones eran exageradas? ¿Estaban extraídas de evidencias escasas? ¿Los escritores ignoraban datos o los distorsionaban para apoyar un razonamiento? ¿Dónde se venían abajo sus teorías? Era muy divertido; hacer polvo los argumentos de académicos experimentados que ganan ochenta veces tu asignación anual es una de las pocas compensaciones de la servidumbre del estudiante de posgrado.

Todas estas lecturas eran una preparación para mis seminarios, en los que los estudiantes de posgrado se sentaban alrededor de largas mesas y discutían ruidosamente sobre el libro de la semana. El profesor a cargo de la clase señalaba nuestro poco riguroso razonamiento, corregía nuestro incorrecto uso del lenguaje y arrojaba agua sobre las llamas ocasionales. Estos diálogos (más o menos) socráticos se añadían a los cimientos de las lecturas que estaba haciendo en casa. Por las tardes, cuando normalmente habría estado viendo *Expediente X* o restregando el baño, me abría paso en la lectura de las listas de libros obligatorios con concentrada atención. Las tareas del hogar lo sufrían y me perdí la despedida de Mulder de la búsqueda de espectros, pero me encontré creando nuevas y completas estructuras de significado en mi mente, realizando conexiones entre teorías y

construyendo teorías propias a partir de estas conexiones. Escribía mejor, pensaba con mayor claridad, leía más.

También me vi inmersa en la psicosis causada por el trabajo. Me quedaba despierta por la noche hasta tarde para acabar mis trabajos y me levantaba temprano con el bebé; escribí mi propuesta de tesis en el suelo del cuarto de estar, rodeada de una vía en construcción de Thomas la Locomotora; pasé la noche anterior a mi examen obligatorio de francés lavando las sábanas y la almohada de mi hijo de cuatro años después de que cogiera una gripe estomacal; tuve que asistir a numerosos talleres obligatorios en los que no se dijo nada de valor.

Pero tú no necesitas pasar por los sufrimientos del «exprimidor» que es la escuela de posgrado para poder ejercitar tu mente —a menos que planees obtener un trabajo en la enseñanza universitaria (una perspectiva de empleo no especialmente sólida de todas maneras)—. Durante siglos los hombres y las mujeres han llevado a cabo este tipo de aprendizaje —leer, tomar apuntes, debatir sobre libros e ideas con amigos— sin verse sujetos a las asignaciones económicas mensuales de los programas de posgrado y a las políticas universitarias en cuestión de seguros sanitarios.

De hecho, las clases universitarias fueron consideradas por Thomas Jefferson como innecesarias para el serio empeño de la lectura histórica. En 1786, Jefferson escribió a su sobrino Thomas Mann Randolph Jr., que se encontraba en edad de ir a la universidad, aconsejándole llevar a cabo la mayor parte de su educación de manera independiente. «Adelante, asiste a clases sobre ciencia», recomendaba Jefferson. Pero después añadía: «Mientras asistas a esos cursos puedes realizar por ti mismo una serie regular de lecturas históricas. Sería una pérdida de tiempo acudir a un profesor para esto. Debe adquirirse de los libros, y si lo llevas a cabo por ti mismo, podrás acomodarlo a tus otras lecturas de manera que llenes esos espacios de tiempo que no han sido de otra manera asignados».<sup>1</sup>

Los historiadores profesionales quizá se sientan ofendidos ante su aparente superfluidad, pero la carta de Jefferson refleja



un sentimiento extendido en la época: cualquier hombre (o mujer, podríamos añadir) que sepa leer y escribir puede confiar en el autodidactismo para formar y llenar su mente. Todo lo que necesitas es una estantería llena de libros, uno o dos amigos con los que congenies y con los que puedas hablar sobre tus lecturas, y unos pocos «espacios de tiempo que no han sido de otra manera asignados». (Los críticos contemporáneos de la educación universitaria podrían añadir que en cualquier caso un doctorado no forma ni llena la mente necesariamente; esto, en un despreciativo comentario de Harold Bloom, es una «función en gran medida olvidada de la educación universitaria», ya que las universidades ahora «desdeñan satisfacer» nuestra ansia por los clásicos.)<sup>2</sup>

El joven Randolph pudo seguir construyendo sobre los cimientos de una educación privilegiada. Pero su curso casero de autosuperación fue seguido por muchos estadounidenses menos instruidos —incluyendo miles de mujeres de los siglos XVIII y XIX, a las que normalmente se ofrecía mucha menos educación en las aulas que a sus homólogos masculinos—. Limitadas al aprendizaje que podían adquirir por sí mismas una vez que el breve período de educación formal había terminado, las mujeres estadounidenses de los dos últimos siglos escribían diarios y «libros de cosas comunes» que constituían la crónica de sus lecturas, se reunían entre ellas y asumían la responsabilidad de desarrollar sus propias mentes. La escritora especializada en buenas maneras Eliza Farrar aconsejaba a sus jóvenes lectoras no solamente en lo relativo a modales y vestimenta, sino también en lo referente a la formación intelectual: «El autoaprendizaje comienza donde la educación escolar termina», escribió con seriedad.<sup>3</sup>

Muchas mujeres se tomaron en serio este consejo. Mary Wilson Gilchrist, natural de Ohio en la época de la guerra civil, que vivió en su casa hasta su repentina muerte a la edad de veinticuatro años, podía presumir de un único año en el Colegio Femenino de Ohio, donde brevemente estudió trigonometría, literatura inglesa, francés, música, lógica, retórica y teología —difícilmente el tiempo suficiente para conseguir siquiera una comprensión

elemental de esta larga lista de asignaturas, y mucho menos para dominar sus principios—. En su diario escribió una lista de los libros que iba leyendo: Charlotte Brontë, William Makepeace Thackeray, Henry Fielding, William Wordsworth, Virgilio, Sófocles y David Hume («Difícil», escribió de Hume, confiando en que podría «retener algo»). Para mantenerse motivada, formó un club de lectura con una vecina. «Mary Carpenter me llamó —cuenta una entrada del diario—, e hicimos planes para leer a Shakespeare juntas.»<sup>4</sup> La adolescente sureña Hope Sumnerell Chamberlain escribió en su propio diario sobre las lecturas de *Cosmos* de Humboldt, *El Paraíso perdido* de Milton, *Corinne* de Madame de Staël e *Historia de la civilización* de Guizot, entre otros libros difíciles; el club de lectura que ayudaba a organizar era, en sus propias palabras, «una ofrenda de paz a una mente hambrienta».<sup>5</sup>

¿Y qué pasa si tu mente está hambrienta pero no especialmente cultivada?

«Familiarízate con tu propia ignorancia —aconsejaba a sus lectores Isaac Watts, en su tratado de autoaprendizaje *Improvement of the Mind* [La mejora de la mente] (originalmente publicado en 1741)—. Inculca a tu mente un profundo y doloroso sentido de los bajos e imperfectos niveles de tu actual conocimiento.» Esta alegre amonestación tenía el propósito de ofrecer consuelo, no censura: una mente bien formada es el resultado de la aplicación, no de un genio innato. Los pensadores profundos, nos asegura Watts, no son aquellos nacidos con «una brillante genialidad, ingenio rápido y buenos órganos» (un alivio para la mayoría de nosotros). No importa cuán ignorante y «baja» pueda ser una mente, «el pensamiento estudioso [...] el ejercicio de tu propia razón y el juicio sobre todo lo que lees [...] proporciona sentido común [...] y te permite entender las auténticas mejoras».

Hoy, como en los tiempos de Watts, existen adultos inteligentes y ambiciosos que sienten que no están preparados para

afrontar un curso de lecturas serias. Les cuesta superar una educación indiferente que no les enseñó las habilidades básicas necesarias para una lectura y escritura maduras. Pero la advertencia de Watts todavía es cierta: no importa cuán incompleta haya sido tu educación, todavía puedes aprender a leer de un modo inteligente, a reflexionar sobre tus lecturas y a hablar con un amigo sobre lo que has descubierto.

Si se produce de manera sostenida y seria, la lectura se encuentra en el centro del proyecto de autoaprendizaje. La observación, la lectura, la conversación, y la asistencia a clases son todas actividades educativas, como Isaac Watts continúa diciéndonos. Pero la lectura, concluye, es el más importante método de auto-superación. La observación limita nuestro aprendizaje a aquello que nos rodea de un modo más inmediato; la conversación y la asistencia a clases son valiosas, pero nos exponen solo a las opiniones de unas pocas personas cercanas. Únicamente el leer nos permite llegar más allá de las restricciones de tiempo y espacio, tomar parte en lo que Mortimer Adler llamó la «Gran Conversación» de ideas que comenzó en la antigüedad y ha continuado ininterrumpidamente hasta el presente. La lectura nos hace formar parte de esa Gran Conversación, sin que importe dónde y cuándo la entablemos.

Pero la lectura seria y sostenida siempre ha sido un proyecto difícil —incluso antes de la llegada de la televisión—. Mucho se ha escrito sobre nuestro actual alejamiento de los textos hacia una cultura visual basada en la imagen: las escuelas ya no enseñan a leer y escribir adecuadamente. La televisión, las películas y ahora la Red han disminuido la importancia de la palabra escrita. Nos estamos adentrando en una era «posliteraria». La cultura impresa está condenada. Ay.

Me desagradan este tipo de reflexiones apocalípticas. La televisión puede ser perjudicial, pero leer no es más difícil (o más fácil) de lo que lo ha sido siempre. «Nuestros jóvenes posrevolucionarios —se quejaba Thomas Jefferson en una carta de 1814 a John Adams— han nacido bajo estrellas más afortunadas que no-

sotros. Adquieren todo su aprendizaje en el vientre de su madre, y lo traen al mundo listo para usar. La información de los libros no es ya necesaria; y todo el conocimiento que no es innato se ve despreciado, o al menos desatendido.» La queja de Jefferson sobre el estado de la moderna cultura intelectual lamenta el ascenso de una filosofía que exalta la expresión del yo por encima de la lectura. Antes incluso de la llegada de la televisión, la lectura que requería concentración era ya una actividad difícil y desatendida.

De hecho, leer requiere una disciplina; como correr regularmente, meditar, o asistir a clases de voz. Cualquier adulto sano puede correr por su jardín, pero esta capacidad de poner un pie delante del otro no debería hacerle pensar que puede afrontar un maratón sin un entrenamiento serio y una gran inversión de tiempo. La mayoría de nosotros se las puede apañar para cantar *Cumpleaños feliz* o *Gloria al Padre* cuando viene al caso, pero eso no nos predispone a dirigirnos al centro local de artes escénicas para presentarnos a las pruebas para el papel protagonista en *Aida*.

Y, no obstante, por el mero hecho de que podamos leer la revista *Time* o a Stephen King sin dificultad, tendemos a pensar que deberíamos ser capaces de adentrarnos directamente en Homero o en Henry James sin mayor preparación. Y cuando comenzamos a vacilar durante la lectura y nos vamos haciendo un lío o nos agotamos, lo interpretamos como la prueba definitiva de nuestra ineptitud mental: nunca podremos leer los grandes libros.

La verdad es que el estudio de la literatura requiere unas habilidades diferentes a las que empleamos cuando leemos por placer. La incapacidad para encarar, sin ayuda, una lista de grandes libros y mantenerse firme en el proyecto no demuestra ineptitud mental, sino tan solo una falta de preparación. Como Richard J. Foster argumenta con elocuencia en *Celebration of Discipline* [Celebración de la disciplina], tenemos tendencia a pensar (erróneamente) que basta con saber leer para poder estudiar las ideas. «Convencer a la gente de que debe aprender a estudiar es el principal obstáculo —escribe Foster—. La mayoría de la gente

asume que porque saben cómo leer saben cómo estudiar.» Pero en realidad resulta ser lo contrario:

Estudiar un libro es una cuestión extremadamente compleja, especialmente para el novato. Igual que sucede con el tenis o la mecanografía, cuando comenzamos a aprender parece que hay miles de detalles que controlar y nos preguntamos cómo demonios vamos a poder tener todo en la cabeza al mismo tiempo. Una vez que logramos dominarlos, sin embargo, los mecanismos se convierten en algo automático, y podemos concentrarnos en el partido de tenis o en el material que debemos mecanografiar. Lo mismo se cumple con el estudio de un libro. Estudiar es un arte exigente que implica un laberinto de detalles.<sup>6</sup>

Normalmente, la escuela secundaria no nos forma para leer en profundidad, no nos enseña cómo «estudiar». Su tarea es producir estudiantes que lean a nivel preuniversitario, una soltura que permite a estos lectores absorber periódicos y a Stephen King con facilidad. Una educación universitaria debería consolidar esta capacidad básica de leer y escribir enseñando a sus recién llegados cómo leer en profundidad, pero muchos universitarios de último año no han avanzado mucho desde que dejaron el instituto. A menudo, se licencian con una molesta conciencia de sus propias deficiencias; como adultos, vuelven a la tarea de la lectura seria y descubren que esta no se ha vuelto más fácil por arte de magia. Homero todavía se les hace interminable, Platón les resulta todavía impenetrable, Stoppard sigue siendo desconcertantemente caprichoso. Demasiado a menudo, estos lectores se rinden, convencidos de que los libros serios están fuera de su alcance.

Pero lo único que les falta es formación en el arte de leer. Si no aprendiste cómo leer adecuadamente en la escuela, aún estás a tiempo de hacerlo ahora. Los métodos de la educación clásica están a tu disposición.

El mundo está lleno de métodos de autosuperación. ¿Qué es lo que distingue a la educación clásica?

«Algunos libros son para ser saboreados —escribió el filósofo del siglo xvi Francis Bacon—; otros, para ser tragados, y unos pocos, para ser masticados y digeridos.» Bacon, que tenía un don para las citas (es también el responsable de «El remedio es peor que la enfermedad» y de «El conocimiento es poder»), estaba sugiriendo que no todos los libros merecen una seria atención. Pero los tres niveles de comprensión que describe —saborear, tragar y digerir— reflejan su familiaridad con la educación clásica. En la escuela clásica, el aprendizaje es un proceso que consta de tres partes. Primero, saborea: consigue un conocimiento básico de tu materia. Segundo, traga: incorpora el conocimiento a tu propio entendimiento mediante su evaluación. ¿Es válido? ¿Es cierto? ¿Por qué? Tercero, digiere: mezcla el tema con tu propio entendimiento. Deja que cambie tu manera de pensar —o recházalo como inútil—. Degusta, traga, digiere: averigua los hechos, analízalos, forma tu propia opinión al respecto.

Como Bacon, el maestro clásico divide el aprendizaje en tres fases, conocidas habitualmente como el *trivium*. La primera etapa de la educación es la fase «gramatical» (en este caso, la «gramática» hace referencia a las piezas básicas, a los cimientos del conocimiento de cada asignatura académica). En la escuela elemental, se pide a los niños que absorban información —no que la evalúen, sino que simplemente la aprendan—. La memorización y la repetición son los métodos fundamentales del aprendizaje; se espera que los niños se familiaricen con un cierto conjunto de conocimientos, pero todavía no se les pide que los analicen. El pensamiento crítico entra en juego durante la segunda fase de la educación: la etapa «lógica». Una vez que se establecen los cimientos de la información, los estudiantes comienzan a ejercitar sus habilidades analíticas; deciden si una información es correcta o incorrecta, y establecen conexiones entre causa y efecto, acontecimientos históricos, fenómenos científicos, palabras y sus significados. En la última fase de la educación secundaria, la eta-

pa «retórica», los estudiantes aprenden a expresar sus propias opiniones sobre los datos que han acumulado y evaluado. De manera que los años finales de la educación se centran en la expresión elegante y elocuente de la opinión de manera oral y escrita: el estudio de la retórica.<sup>7</sup>

Los estudiantes que han recibido una educación clásica saben que este esquema (aprende datos, analízalos, expresa tu opinión sobre ellos) se aplica a todo el aprendizaje posterior. Pero si tú no has recibido una educación clásica, puede que no reconozcas que estos tres pasos separados se aplican también a la lectura. Es imposible analizar en una primera lectura; tienes que llegar a captar las ideas centrales de un libro «antes» de poder evaluarlas. Y es después de que las hayas evaluado —preguntándote: «¿Se presentan acertadamente las ideas?, ¿son válidas las conclusiones?»— cuando puedes realizar el conjunto de preguntas finales: ¿qué piensas tú de esas ideas?, ¿estás de acuerdo o no?, ¿por qué?

En las aulas se saltan demasiado a menudo los dos primeros pasos y se avanza directamente al tercero; de ahí que muchos textos elementales insistan en preguntar a los niños de seis años cómo se sienten sobre lo que están aprendiendo, mucho antes de que hayan tenido la oportunidad de aprenderlo como es debido. Este atajo mental se ha convertido en una costumbre para muchos adultos, que están prestos a dar sus opiniones mucho antes de haber tenido la oportunidad de entender el tema que está siendo estudiado (no tienes más que escuchar cualquier programa de radio que emita llamadas de los oyentes). Y el hábito de saltar directamente a la fase retórica puede impedir que incluso mentes adultas aprendan a leer correctamente. La densidad de ideas en Platón, Shakespeare o Thomas Hardy frustra a la mente que llega a ellas dispuesta a sacar conclusiones. Para abordar con éxito un curso sobre lectura tenemos que volver a entrenar nuestras mentes para que capturen nuevas ideas siguiendo este esquema: primero entenderlas, después evaluarlas y por último formar nuestras propias opiniones.

Como niños de seis años mal enseñados, nos damos demasiada prisa en ir directamente a establecer una opinión sin los pasos

intermedios de comprensión y evaluación. La escritora británica de misterio Dorothy L. Sayers, proponiendo un regreso a la educación clásica para el siglo xx, lamentaba la pérdida de los «instrumentos de aprendizaje» clásicos en un discurso en Oxford:

¿Les ha resultado alguna vez extraño, o desafortunado, que hoy, cuando la proporción de alfabetización es más alta que nunca, la gente sea susceptible a la influencia de la publicidad y la propaganda de masas hasta un grado hasta ahora inaudito e inimaginado? [...] ¿Alguna vez, al escuchar un debate entre personas adultas y presuntamente responsables, se ha inquietado por la extraordinaria incapacidad del interviniente medio para expresar claramente lo que quiere decir o para confrontar y refutar los argumentos de los oradores del otro lado? [...] ¿Y cuando piensan en esto y en que la mayoría de los asuntos públicos se resuelven en debates y comités, no han sentido alguna vez que en cierta manera se les caía el alma a los pies? [...] ¿No es el gran defecto de nuestra educación actual —un defecto cuyo rastro se puede encontrar en todos los intranquilizadores síntomas de problemas que he mencionado— que, aunque a menudo tengamos éxito en enseñar a nuestros alumnos «asignaturas», fracasamos lamentablemente en conjunto al enseñarles cómo pensar: lo aprenden todo menos el arte de aprender?»<sup>8</sup>

El esquema de gramática, lógica y retórica forma la mente en el arte del aprendizaje. Pero si nunca aprendiste a asimilar conocimientos rápidamente y bien, a evaluar la validez de los argumentos y a presentar tu propia opinión con elegancia y claridad, no es demasiado tarde. Todavía puedes aprender cómo entender, evaluar y argumentar con ideas. Como un tutor medieval con un único y prometedor alumno, este libro te orientará a través de cada fase de la educación clásica, de manera que tengas en tus manos las herramientas para encontrar en la contemplación seria de los libros un deleite más que una frustración.



¿Cómo comenzar?

Los hombres y mujeres autodidactas del pasado nos ofrecen unos pocos principios generales para empezar en el proyecto de formar nuestras propias mentes. «No comprometas la mente en una intensa dedicación a demasiadas cosas de una sola vez —aconseja Isaac Watts—, especialmente cuando no tengan relación entre sí. Esto solo contribuirá a distraer la comprensión, y a obstaculizarla para lograr la perfección en cualquiera de los objetos de estudio.» Puede parecer lento, pero estudia las materias una por una. Comienza con este libro, que te guiará en las necesarias habilidades de la lectura y el análisis: haz de este estudio tu único tema hasta que lo hayas completado. Una vez que hayas aprendido cómo avanzar mediante los pasos de entender (gramática), evaluar (lógica) y expresar una opinión (retórica), entonces dirígete a las listas de lecturas de la Parte II. Estas listas están organizadas por temas; si lees los libros en orden ciñéndote a los campos de investigación (ficción, autobiografía e historia) uno por uno, comprobarás que tus primeras lecturas formarán el marco para los libros que vienen luego, mientras que tus lecturas posteriores reforzarán y clarificarán lo que ha venido primero.

Limitate a una lista cada vez. Durante este tiempo de autoaprendizaje, evita el tipo de lectura por la que el teólogo alemán Friedrich Schleiermacher se dejaba llevar en sus primeros años: un amplísimo e impresionante, pero asistemático, apetito devorador por los libros que dejó su mente, como él mismo dijo años después, «como el Caos antes de la creación del mundo».

Jefferson (siempre lleno de consejos sobre todos los temas) recomendó a su joven sobrino que organizara su lectura de manera sistemática en orden cronológico: «Tras haber establecido tu plan [de lectura] —le dice al joven Randolph—, el orden temporal será para ti suficiente guía».⁹ En otras palabras, lee los libros en el orden en el que fueron escritos. La educadora del siglo XIX Lydia Sigourney coincidía en ello; en su *Letters to Young Ladies* [Cartas a jóvenes señoritas], recomendaba que las lecturas siempre se hicieran con ayuda de «una tabla cronológica [...]». Es

una buena práctica fijar en la memoria algunas eras importantes —la sublevación de un imperio, por ejemplo— y después constatar qué acontecimientos estaban teniendo lugar en todas las demás naciones, en el mismo período de tiempo. Unos pocos de estos paralelos, recorriendo la historia del mundo, recogerán ricas acumulaciones de conocimiento, y las colocarán en el conservatorio de la mente». <sup>10</sup> Las listas de libros que incluyo están en orden cronológico precisamente por esta misma razón; es más fácil entender un tema si comienzas por sus obras fundacionales y después lees sistemáticamente todos aquellos libros que se han ido añadiendo, capa a capa, a esos cimientos.

### ¿Cuándo leer?

Lydia Sigourney advertía a sus «jóvenes señoritas» que la lectura sistemática es «particularmente necesaria» para las mujeres «porque, habitando en gran parte en la contemplación de las pequeñas cosas, estamos en peligro de perder el apetito intelectual». <sup>11</sup> Seamos igualitarios: esto resulta cierto también para los hombres. Todos compaginamos múltiples trabajos, tareas domésticas, pago de facturas, papeleo, niños y familia, y docenas de distracciones menores: comidas, alimentos, correos electrónicos o la siempre presente atracción de la programación televisiva nocturna. La lucha para mantenerse firme en un programa de lecturas autoimpuesto se pierde a menudo en esos momentos de después de la cena en los que los niños están en la cama, los platos fregados, y pensamos: «He estado trabajando todo el día. Tan solo necesito vegetar unos minutos antes de empezar a usar mi cerebro». Y tres horas después hemos visto una hora de televisión, nos hemos conectado para comprobar los correos electrónicos que hemos recibido desde la comida, hemos echado un vistazo a un par de nuestras páginas web favoritas, hemos puesto una lavadora y hemos pasado la bayeta al fregadero de la cocina.

Aun evitando los pronunciamientos apocalípticos sobre la decadencia de la sociedad moderna, sí sugiero que la mayor dife-

rencia entre los medios de comunicación modernos y el perdurable libro es la manera en que la televisión e Internet se las arreglan para infiltrarse en nuestros momentos libres y rápidamente tragarse esos «espacios de tiempo». No puedo decir que alguna vez me haya perdido en Platón y levantado la cabeza una hora y media después para descubrir que el tiempo que pretendía dedicar a responder los correos electrónicos pendientes se ha esfumado de repente, pero a menudo he gastado el tiempo que quería dedicar a leer en revisar mi correo basura, comprobar *links* o (peor todavía) jugar al Solitario Spider en mi ordenador («Solo una partida —pienso—, para calentar el cerebro»).

El lenguaje elevado sobre la vida de la mente tiene que ceder, en algún momento, ante los planes prácticos para el cultivo personal. El dominio de la gramática, la escritura, la lógica, el análisis y la argumentación —de los que nos ocuparemos en los capítulos siguientes— depende del único y sencillo acto de abrir un espacio dentro del que puedan existir. La primera tarea del autoaprendizaje no es la lectura de Platón, sino el hallazgo de veinte minutos en los que te puedas dedicar al pensamiento, en vez de a cualquier otra actividad.

#### PRIMER PASO: PROGRAMA UN TIEMPO REGULAR DE LECTURA Y ESTUDIO

Tu primera tarea en este proceso de autoeducación es simple: «Establece un tiempo para la autoeducación».

Recuerda estos principios:

**La mañana es mejor que la tarde.** «Existen momentos del día en los que la mente debería ser aliviada —escribió Thomas Jefferson a su sobrino Thomas Mann Randolph, Jr.—. Tras la cena, en particular, debería aplicarse a ocupaciones más ligeras.» La última hora de la tarde está lejos de ser el momento ideal para el proyecto de leer seriamente. Normalmente es mucho mejor emplear cuarenta y cinco minutos en leer antes del desayuno (y

antes de que los niños irruman desde sus dormitorios) que dedicarle dos horas por la tarde. Como bien sugirió el autodidacta Benjamin Franklin, «temprano para acostarse y temprano para levantarse es el más efectivo camino hacia la sabiduría». (No parece haber una opinión clara en lo que respecta a la salud y la riqueza.)

**Comienza por lo bajo.** El cerebro es un órgano y el ejercicio mental, como el físico, tiene que ser introducido de un modo gradual. No des un salto ambicioso a un programa que te haga levantarte a las cinco para pasar dos horas leyendo; lo más probable es que acabes por abandonarlo. Comienza con media hora de lectura nada más levantarte y desarrolla el hábito de ceñirte a ese tiempo más corto de concentración y pensamiento antes de pasar a ampliarlo. Aunque nunca llegues a extenderlo, estarás leyendo más que antes de empezar tu proyecto de autoaprendizaje.

**No te programes para estudiar todos los días de la semana.** El cuerpo comienza a arrastrarse si se lo ejercita cada día sin un descanso. Proponte leer cuatro días a la semana; esto te permitirá establecer un hábito de lectura a la vez que te dejará el fin de semana «libre» y una «mañana flexible» para los días en los que tengas que ponerte al corriente con el papeleo de la semana anterior, el fontanero llegue al amanecer o el bebé padezca una gripe estomacal.

**No compruebes tu correo electrónico justo antes de comenzar a leer.** Pensaba que esto era un problema personal hasta que me topé con varios artículos seguidos —del *Chronicle of Higher Education*, nuestro periódico local, pero también en muchas otras publicaciones igualmente variadas— sobre el efecto de distracción del correo electrónico. Hay algo en el formato del correo electrónico (¿será su concisión?, ¿o el volumen de los mensajes?, ¿o la tendencia a primar una ojeada superficial por encima de la lectura profunda?) que desvía la mente del entorno de contemplación y relajación que es tan importante para la buena lectura. Si has recibido buenas noticias, estas te distraerán; si alguien te ha escrito algo desagradable, pasarás los siguientes

cuarenta y cinco minutos elaborando devastadoras respuestas más que concentrándote en tu libro. Y si no te ha escrito nadie en absoluto, te quedarás deprimido porque de repente te has vuelto invisible en el ciberespacio.

**Preserva tu tiempo de lectura.** Hacemos aquellas cosas que nos merecen la pena, y la gratificación inmediata parece siempre que compensa más que el lento progreso hacia un objetivo a largo plazo. Vivimos en un mundo que aplaude los logros visibles, por lo que casi siempre será más satisfactorio hacer algo (limpiar el garaje, vaciar la bandeja de entrada del correo, tachar tareas de la lista) que pensar. El garaje limpio, la bandeja vacía, la lista completada: todo ello da fe de tu productividad, mientras que la lectura no produce ningún beneficio aparente. (Al fin y al cabo, lo único que has hecho es sentarte media hora y mover los ojos.)

El autoaprendizaje pondrá de relieve tu propio sentido de lo que merece la pena. Tendrás que elegir entre leer un capítulo de *La cabaña del tío Tom* y realizar una tarea más gratificante, lo que te enfrentará cara a cara con tus valores fundamentales: ¿qué valores más, un logro temporal visible o adquirir una comprensión más profunda de las tensiones raciales en Estados Unidos? ¿Una lista de tareas tachadas o una buena dosis de sabiduría?

No es una pregunta menor. El mundo que aplaude los logros visibles te está enviando un mensaje muy claro sobre por qué vales la pena. Cuando eliges pensar en lugar de hacer, rechazas la producción en favor de la reflexión; te opones a un sistema que quiere situar tu valor como ser humano en tu capacidad para producir una mercancía. Leer, en lugar de trabajar, es una pequeña pero significativa muestra de disidencia.

Así que resístete a otras satisfacciones o deberes que se entrometan en tu tiempo de lectura.

**Da el primer paso ahora.** En tu calendario o agenda programa ahora cuatro períodos semanales de lectura de media hora cada uno. La semana que viene, usa este espacio de tiempo para leer el capítulo 2 y completar la tarea del Segundo paso.